EL TEMA DE ESPAÑA EN LA POESIA DE CARLOS BOUSOÑO

Parece ser que algunos poetas piden para ellos el monopolio del tema "España"; algunos poetas de los que se llaman a sí mismos *sociales,* y que chillan, berrean y se tapan sus figuras con la sagrada piel de toro, quizá para esconder jorobas y raquitismos de saneamiento imposible; el talento—la salud—no se improvisa. Carlos Bousoño no es poeta *social* en ese sentido peyorativo de compadre de tasca o letrina. Y, sin embargo, habla de España a través de todos sus libros, con el mérito de haber sido el primero—eso creo yo—en traer tales fiesteras gallinas. No sabe Bousoño las consecuencias que su descubrimiento trajo. A pesar de todo, gracias sean rendidas al Señor, porque junto a la inevitable cola de los poetas de oficio, existen otros que han cantado y cantan a España desde su propia carne y por necesidad de amor.

Se pudiera pensar que Bousoño, romántico en tantas cosas, se acercara al tema románticamente, como una forma de herencia, como una tara que resurge a la tercera generación. Pero no es así. España, en los versos de Carlos Bousoño, es otra muy diferente de la de Espronceda, por ejemplo. Tampoco es la España de Antonio Machado o de Rubén Darío (98 y Modernismo están tocados de un claro neorromanticismo, y ya es hora de estudiar el caso). Aunque en Bousoño existan leves alusiones a la incomprensión de la patria o a sus perseguidas entrañas, su esencia se escapa de la causalidad puramente humana y de desastre, y esto le confiere originalidad. Bousoño no piensa en nuestra guerra; en esa peligrosísima cárcava han caído no pocos, que tratan a la patria románticamente (aunque ellos crean lo contrario), centrando la idea de España en arquetipos llorosos o en teas vindicatorias. En resumidas cuentas: Bousoño no ha hecho poesía civil. No tiene ningún punto de contacto, no digo con sus compañeros de generación, ni aun siquiera con un Leopardi, romántico pleno, que canta a Italia añorando un resurgimiento mágico y poderoso. Y conste que Bousoño me ha recordado varias veces a Leopardi: amor y muerte, para los dos poetas, tienen un frontispicio en el que pueden ser colocadas figuras muy semejantes.

Bousoño no organiza, al modo de un pensador, "su" España. Su sentimiento de patria se muestra siempre acorde con la urgencia lírica de cada libro. Pero el comienzo, el encaminamiento de la dialéctica de su idea (todo lo poética que se quiera, mas realmente idea), el carácter de ese sentimiento de España, nos permite descubrir una diafanidad de enfoque que yo, aun a riesgo de equivocarme en la interpretación,

quiero aquí recoger, tras la lectura de sus recién aparecidas *Poesías completas* (1).

1. España como Dios.—En el primer libro del poeta, *Subida al amor*, Dios aparece pasionalmente, y la criatura pretende la caliente fusión con su Realidad. Todo el libro supone una constante lucha de Criador y criatura, tal el combate de la rama al viento con su tronco. El poeta llega a identificar a Dios con España. El poema "Dios sobre España" bien podría titularse "Dios como España":

> Los hijos de esta tierra tienen rostro violento,
> fuerte rostro tajado por el hacha divina,
> tienen hombros que llevan el gran peso sangriento
> del grave Dios que inmenso sobre ellos se reclina.
>
> Oh Dios, oh Dios, desgarra la piel de España pura
> y devora la tierra y a sus hijos espesos.
> La misma hambre tenemos que tu garganta dura.
> Somos sangres y tierras mezcladas a tus huesos.

Hay un clima de violencia, de posesión de Dios, sin laberintos. "Tú eres mi sangre sobre el cielo", dice el poeta; y desea que esa sangre le caiga, le llueva sobre la frente, hasta teñirse de Dios, de rojo, de humanidad divinizada. No leeremos la palabra Cristo, y sin embargo ya se anuncia. El poeta emplea voces metatiernas, se siente cósmico. No se quiere traicionar. Sin pausas dialoga con Dios, broncamente, un Dios bíblico y español, Dios incorporado a España, obelisco y aviso de ella; lo Trascendente como representación de la patria, del español. Y el español se mira en Dios y se reconoce, ya que la apasionada apetencia acaba en confusión; el amor es unidad.

En la "Oda a España", también de *Subida al amor*, encontramos una insistencia en el caer de la sangre sobre el poeta. Ahora nos habla, no de Dios sangrante, sino de España, cortada a tijera la metáfora:

> Oh España, tierra eres. Tierra sólo,
> pero en tu cálida insondable entraña
> el sol corre por dentro y te ilumina,
> y te arrebata.
> .....
> Y yo te veo tierra,
> tierra sólo y herida por el hacha
> de Dios, y vas sangrando, y cae
> toda tu sangre por mi cara.

Dios o España, y sangrando. Bousoño tiene en la mente la idea de sacrificio, de expiación. Y piensa en una voladora España de tierra ennoblecida. Tierra como ostentación de lo concreto y lo real. No en balde exclama en otra parte:

> Porque el alma no es pura. Puros, los horizontes;
> pura, la tierra; pura, el agua; puro, el fuego;
> son puros los barrancos y son puros los montes
> que beben vida y rayo con la boca del Dios ciego.
> ("Dios y la tierra".)

(1) *Poesías completas (Primavera de la muerte)*. Col. "Orfeo", II, Ediciones Giner. Madrid, 1960.

En la tierra está Dios, y esa tierra española "gime, delira, brama", y "se hunde en Dios como una espada". Creo que lo que el poeta ha querido expresar es lo siguiente: España es como un toro que va a enterrarse voluntariamente en Dios—espada—. Tal significa la imagen, y no España como espada; una espada no "brama". España y Dios, ya confundidos, amasados en la muerte, en el sacrificio, empiezan a chorrear sangre para la salvación futura. Dios como España, he aquí la tesis del poeta, que para vertebrar su poesía hubo de divinizar y llenar de absolutos a España.

2. España como finitud.—Surge la antítesis: España como temporalidad. En *Noche de sentido,* la patria será "vapor, fantasma, sueño". Fijémonos en el sustantivo "fantasma". A lo concreto de la tesis, lo vago de la antítesis. Lo fantasmal condiciona a España; sin embargo, no hay romanticismo. Es una experiencia vital con sabor a elegía, un encogerse de hombros ante lo irremediable perdido. Mas esta patria no es la lagrimeada por otros poetas. Es una patria metafísicamente perdida, abandonada de Dios y borrada en el misterio: "patria, profundidad, piedra perdida". La colección de poemas dedicados a España en la parte segunda de *Noche del sentido,* está carcomida por la desesperanza. Y el poeta conoce bien cómo esa angustia es la misma de su yo. Menos metafísico y más humano, él duda hasta del Cristo:

> Señor de sombra, luz desvanecida,
> blanco *fantasma,* semejante mío.

España, como todo, pasa:

> Pasa la juventud, pasa la vida,
> pasa el amor, la muerte también pasa,
> el viento, la amargura que traspasa
> la patria densa, inmóvil y dormida.
> ("Desde lejos".)

El último verso del archicitado soneto "Reposa, España", resulta sintomático: "España del amor, patria extinguida". Ya España no vuela. Permanece inmóvil, terminada como algo bello que se cumpliera y se deslindara en nada. Y el poeta, en la tierra suya, quiere ver la luz:

> ¡Quién pudiera creerte, dulce puesta
> de sol; soñarte sólo, cielo, día!...
> ("La tarde".)

España es luz, pero luz "ilusoria". ¿Ilusoria? Demos un salto atrás en los libros de Bousoño. Ahora nos hallamos en *Primavera de la muerte.* La luz es "desolada" (poema XIII de "Elegías desesperanzadas"); "esclava" (poema XVIII); la tierra no es luz: "la tierra nunca brilla" (XV); y estos cuatro versos definitivos:

> Yo como tú creí en la luz, y ahora
> niego que exista luz sobre nosotros.
> Existe muerte. Luz es un *fantasma.*
> Existe muerte y abandono.
> (Poema VI.)

Bousoño suele asociar, instintivamente, la luz y el viento. Y si lo temporal los recubre de su pesadumbre, queda al hombre sólo escepticismo y amargura:

> ¡Cuánta felicidad cabe en el corazón de un viento fugaz!
> Porque eso es la vida: un viento que huye extinguiéndose,
> y la montaña que llaman los hombres eterna
> mortal es, mortal es, cual la luz y los cielos.
>
> ("Adolescente en el olivar", de *Primavera de la muerte.)*

"Nunca la luz ni el viento rumoroso". España como muerte. Aquí Bousoño se muestra enraizado en la medula de la poesía funeraria española, pero ¡qué diferencia de visión!... Ha evitado lo anecdótico, lo particular, y se ha elevado a lo universal. La idea de España se desdibuja, se marcha del ámbito de lo concreto, pero la técnica del poeta es exacta, concretísima.

3. España como revelación.—Y la síntesis. La contemporánea maduración de tesis y antítesis, para, ya unidad, resolverse en esperanza y salvación y colmar de futuro el movimiento dialéctico de la idea de España. Por lo pronto, el poeta necesita de la serenidad. Debe *serenarse*. Y ha de hacerlo sobre las mismas bases de la temporalidad y la quietud, tan funestas; y contemplando la naturaleza. Así es como tiene valor la superación: acogiendo lo efímero, lo inmóvil. Y—coincidencia extraordinaria—el hecho se logrará en un poema también "con olivo" (antes cité "Adolescente en el olivar"); pertenece al libro *Invasión de la realidad*. El poema se titula "A un olivo milenario", y es hermoso y justo como una intención ejemplarizada:

> Dime
> la fuente de tu amor, la verde savia
> primaveral que acierta a prolongarte.
> Dime la plenitud de tu memoria
> recóndita. El oscuro manantío
> de tu saber. Estamos congregados
> frente a tu perennal oscura sombra
> y anhelantes palpamos tu corteza
> material, tu renunciar secreto
> a la movilidad, que te liberta
> de nuestra desazón. Velado en grises,
> severo en continencia te revelas,
> mientras pasan los tiempos y las voces
> girando en torno a ti. Tú permaneces.

Se va a promulgar la salvación. Con los ojos vueltos a la naturaleza, el poeta se adhiere a lo inmóvil, a lo que permanece. Hay en *Noche del sentido* un poema, "La puerta" (Plaza Mayor de Madrid), que abunda en esa permanencia. Una puerta de madera (madera precisamente) ha resistido los siglos, "ha llegado hasta nosotros cierta", "sin detrimento, con integridad, sin falacia". Pocas veces un poeta recogió tan hondamente en un poema el sentimiento de caducidad. Los versos me recuerdan a Jorge Manrique:

> Los caballeros han desaparecido de la plaza frontera.
> Los caballos
> no están.

Las divisas de los jinetes en la tarde de toros,
la altiva majestad de algún rey contemplando
la plaza, el señorío opaco de un atuendo,
la indiferencia de una mirada distraída...

El poeta pregunta a Dios por "el hecho mínimo de esta puerta que existe", se enreda en los nudos de la madera de la puerta y la erige como signo de salvación:

...Esta puerta cerrada que yo quisiera ver entre la noche abrirse,
girar despacio,
abrirse en medio del silencio,
abrirse sigilosa y finísima,
en medio del silencio, abrirse pura.

España, ya como permanencia, también lo es propagada en el tiempo de la infancia y en dirección a la amada. La patria se achica—¡qué entrañablemente!—en la memoria, y cruzan personas y paisajes por los versos del poeta; no son versos anecdóticos, pues van tirados de los hilos de esa superior motivación ultranecdótica que modela la idea de España.

Dame tu fe, tu claridad, mi estrella,
dime que existe lo que yo sabía
cuando era niño en la ciudad aquella...
("El vivir de la amada", de *Invasión de la realidad.)*

Al fin hemos alcanzado por las plenas crenchas al amor. La síntesis, la comunión se realiza por amor, el cual se cristaliza como España. El poeta ha escrito, en *Invasión de la realidad,* un soneto, "El barco", que nos dará la clave:

Pero tú, España mía, eres de rosa
y yo te amo. Eres de violeta
y te quiero. Tú, España, eres de cosa
rota, en el aire de una vida quieta.

Cómo no amarte. Cómo no quererte.
La noche inerte baja hasta tu parte.
No sé dónde estaré. Vendría a verte.
Eres de rosa, de tristeza. A amarte.

Yo no sé, España, cuáles son tus días,
cuáles tus signos, cuáles tus regalos.
Eran horribles olas tan bravías.

Tú navegabas por los mares malos.
Te destrozabas y te enaltecías,
barco de amor, rotos de amor los palos.

España, por su indefensión, como digna de ser amada, como "amable". España rota, frágil, femenina (de "rosa", de "violeta", de "tristeza"), lejana ya de la pasional lucha con Dios, sólo abierta al amor ingrávido del hombre. No ha insistido el poeta en su mina de inagotables oros violentos; ha superado la busca y ofrece ahora una España bellamente menesterosa, partida por el combate con Dios (¡qué errados los que piensen en historicidades!), convertida en flor para el tacto de la mano amorosa, lenta sin pararse en delicadezas mortecinas. Y, además: nadie evoque la España, también navegante, del soneto de Rubén Darío:

Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola:
va con rumbo a una Atlántida española
en donde el porvenir calla y espera...

No, no hay en la poesía de Bousoño ninguna concepción de patria históricamente recuperable. Sería interesante comparar, aunque fuese globalmente, las distintas concepciones de los poetas sobre el tema de España; no es tiempo ahora. No haya duda, y esto sí urge decirlo, de que el tema, en Bousoño, no adquiere tonos "misioneros".

"Cosa rota", nunca cosa finalizada. "Barco de amor" que necesita luz y viento. De nuevo los versos de *Primavera de la muerte:*

He aquí la pradera y su verde sosiego,
el río y la montaña que parecen nacidos para existir sin futuro mortal,
el claro espacio encantado
donde suspira *el milagroso viento.*

(Poema "Primavera sin tiempo".)

"Eternamente pasan los vientos luminosos" ("Los montes", de *Varios poemas),* o "¡Pase en la luz todo el viento sagrado!" ("Himno con esperanza", *ibídem),* nos testimonian esa unión fecunda, que se derramará en luz, en eterna luz. No quiero ser prolijo; baste recordar los poemas XVI ("Epitafio"), XIX, XXII de "Elegías desesperanzadas" *(Primavera de la muerte);* el V ("El bosque") de "Odas celestes" *(ibídem);* la "Sinfonía de la muerte", de las "Odas elegíacas" *(ibídem);* los poemas "Su corazón", "Cristo en el sueño" y "España en luz", de *Varios poemas.*

La luz es "fragante", "suspirante", "dulce", "ligera"; hay "bosque de luces", y la luz nace de la muerte; la luz "hermosa" es Cristo, es España... En "España en luz", el verso se alucina, se emborracha de claridad:

Luz sobre España, luz sobre la tierra
abierta a luz; en luz, desengañada.
España en luz, en muerte, en luz, en grito;
en luz, herida; en luces, sepultada.

¡España en luz, España de la muerte
y de la luz! Insolación. Luz. Patria.

Luz como totalidad, mareo de luces, insolación. El último poema de las *Poesías completas* se cierra con cuatro versos fulgurantes:

Terrible mundo. Respirado mundo.
Tú, mi sola verdad.
Mi sola fe, mi solo amor profundo;
mi sola *claridad.*

España no sólo está dentro de esa realidad, es ella misma, evidente para el poeta, que nos ha dado una versión sin antecedentes de la patria; originalísima y sin cierres. La dialéctica se ha puesto en marcha. España se ha hecho revelación en la conciencia del poeta.

MANUEL MANTERO